

Ética marica

Proclamas libertarias para una militancia LGTBQ

Paco Vidarte



Esto no es un libro. Es un interruptor. Un dispositivo que corta la corriente. Y que a la vez permite que algo se ponga en marcha, que algo se encienda. Me gustaría que la lectura de este libro supusiera un «clic», un chispazo que interrumpiera una cadencia de mierda, una bajada de tensión en el movimiento LGTBQ que debe terminar cuanto antes. Y que se encendiera otra forma de hacer las cosas y de comportarnos como maricas, lesbianas y trans frente a la sociedad y las propias tendencias involucionistas que anidan entre nosotros. Si esto no pasa, este libro no habrá funcionado.

A mis más que amigos Luis Aragón, Javier Sáez David Córdoba, Jordi Llordella, José Luis Muñoz otra vez a Manuel Andreu y a Sergio P. Sanjuán, a mis hermanos Titi y Babe, a Beatriz y Agustín de Sevilla y a toda la gente que, en vez de mandarme al desguace cuando me conoció, prefirió tunearme porque pensaba que algo tenía de recuperable, pese a mi siniestro total de nacimiento. Aunque nunca lograré pasar la ITV, gracias por todo el tiempo que estáis gastando en un *tuning* interminable.

Introducción

—El muy imbécil no conoce el secreto de El Gran Tirano: el arma suprema. ¡Soltaré el Mathmos por toda la ciudad!
—¿Crees que es prudente?

Del filme *Barbarella*

Esto no es un libro. Es un interruptor. Un dispositivo que corta la corriente. Y que a la vez permite que algo se ponga en marcha, que algo se encienda. Me gustaría que la lectura de este libro supusiera un «clic», un chispazo que interrumpiera una cadencia de mierda, una bajada de tensión en el movimiento LGTBQ que debe terminar cuanto antes. Y que se encendiera otra forma de hacer las cosas y de comportarnos como maricas, lesbianas y trans frente a la sociedad y las propias tendencias involucionistas que anidan entre nosotros. Si esto no pasa, este libro no habrá funcionado. Habrá que encontrar otro interruptor que sí funcione y lleve a cabo su cometido correctamente poniendo en marcha nuevas sensibilidades y actitudes, otras formas de hacer política y de comprometernos solidariamente en la lucha contra la homofobia y contra los homófobos.

Escribo en primera persona, desde una situación subjetiva y de discurso bastante problemática, múltiple, contradictoria, singular, sin hacerme portavoz de nadie. Como marica me resulta muy difícil hablar en nombre de otros maricas, mucho más aún en nombre de las lesbianas, de los transexuales, porque estoy convencido de que no se nos puede meter a todos en un mismo saco, ya que nuestras situaciones de opresión y discriminación social son muy diferentes. Hasta el último momento he dudado en bautizar este libro como *Ética LGTBQ*, pero finalmente he respetado mi impulso inicial de escribir una *Ética Marica*, dejando LGTBQ en el subtítulo. Retomo así unos apuntes míos que llevaban cogiendo polvo en el disco duro del ordenador más de diez años, cuando los abandoné para embarcarme en el proyecto de *Homografías*.

Quiero desde un principio dejar claro que no pretendo usurpar la voz de nadie en nombre de una ética de corte universalista, ni anular los rasgos diferenciales de la dominación y la injuria que cada cual soporta y que le llevan a actuar como mejor le parece en un marco de opresión jerarquizado, en el que es mucho más jodido ser trans que

marica, incluso sigue siendo mucho más jodido ser lesbiana que maricón. A veces, cuando hablo de maribollos, maritrans, transhomofobia, puede parecer que me limito a repetir una coletilla en la que quepamos todas, pero que la voz cantante la llevan las maricas y a las demás se las incluye en plan buen rollito generoso pero sin mucho convencimiento. Justamente es todo lo contrario, creo que todo el discurso teórico sobre el que me apoyo y el trasfondo revolucionario sobre el que se asienta el movimiento LGBTQ proceden casi exclusivamente de las trans y de las lesbianas. Las maricas hemos contribuido escasamente a la teoría y la praxis revolucionaria y cuando lo hemos hecho ha sido para marginar, excluir y silenciar a lesbianas y trans, apoderándonos de los aparatos de poder, de los micrófonos, megáfonos, cámaras y de todo cuanto los machos ibéricos, sodomitas incluidos, consideran que les sigue perteneciendo por derecho propio.

Si finalmente me he atrevido a ampliar el ámbito de mi enunciación más allá de las maricas, habrá sido siguiendo las pautas de una solidaridad LGBTQ con la que intento ajustar cuentas en el último capítulo y que, desde luego, necesita ser depurada de cualquier rastro de machismo, heterosexismo, lesbofobia, misoginia o transfobia que pueda seguir albergando. Valga esta explicación para pedir disculpas de antemano. No pretendo excusarme ni justificarme con ella, sino aceptar de entrada las susceptibilidades que pueda generar el no haberme limitado a hablar exclusivamente en primera persona, o como marica. No tengo prisa en convertirme en un sujeto rizomático, múltiple, en decir que yo soy muchas, ni en monsergas por el estilo que mudan la buena intención en un elemento de represión más.

He escrito este libro en menos de tres semanas. Esto quiere decir que a lo mejor debería no haberlo publicado y pensarme las cosas un poco más. Pero si ha llegado hasta ti es que a alguien más que a mí, incluidos la editorial y unos cuantos amigos que suelen aconsejarme bien, les habrá pa-

recido interesante, divertido, oportuno o que merece la pena por algún motivo que a mí se me escapa. En ocasiones creo que estas líneas son demasiado privadas, que no pasan de un cabreo mío, de un desahogo ante la que está cayendo sin el mayor interés teórico, como no sea la necesidad que pueda haber en el movimiento LGTBQ de compartir frustraciones, iras, odios, la necesidad de hacer algo urgentemente, la sensación de agotamiento de nuestros colectivos, de los dirigentes y de las tesis oficialistas, el convencimiento de que llevamos mucho tiempo tocando fondo y de que los cambios legales que se han producido en nuestro país van a sepultar, paralizar y dejar en dique seco nuestra lucha en vez de potenciarla y reactivarla.

Tengo muy mala relación con este libro, que es más bien un panfleto radical, un fanzine libertario, porque pienso que es una pataleta, una rabieta, la necesidad de vomitar mierda ante la constatación de la ausencia de un proyecto ilusionante ajeno y propio. Si lo he escrito es tal vez para pedir auxilio. No tengo nada que ofrecer, no tengo nada que proponer, estoy vacío. No veo a nadie, a ningún grupo dentro del movimiento LGTBQ capaz de «salvarnos», en quien podamos depositar alguna esperanza, en quien delegar la gestión e invención de un futuro para las maricas. Tampoco es que necesitemos redentores ni iluminados para llevar a cabo una tarea que solo puede ser colectiva. Pero, es patente que la supuesta *intelligentzia* marica no tiene nada que enseñarnos, ni menos aún puede guiar a nadie. Que nadie se lea estas páginas buscando un plan rector, una hoja de ruta. Soy incapaz. Tan solo me gustaría que sirviera para movilizar a la gente, removerla del sofá, hacerle cambiar de postura, aunque sea cruzar la pierna, toser, ahuecar los cojines, algo, un mínimo movimiento capaz de sacarnos de la inercia o hacernos conscientes de ella.

No he querido hacer un tratado complicado, farragoso, ilegible, académico. No he querido hacer teoría *queer* para especialistas. Paso de escribir un tocho sesudo que se le

caiga de las manos a la gente y que a la postre no valga para nada. Para chuparnos las pollas cuatro listillas, dicho a lo bruto. Este libro es muy bestia, no he pulido mucho mi lenguaje, hablo como me sale del coño, digo lo que me da la gana, lo que se me ocurre, no me paro a tachar nada, no borro nada, no me releo. Ya me arrepentiré. He pasado de poner citas, notas a pie de página ni referencias bibliográficas. Me apetecía contar cómo me siento, cómo nos sentimos unas cuantas, y decirlo como hablo yo normalmente, como hablo con quienes me conocen, para que se me entienda, para poder expresarme. Paso de teoría *queer* ni hostias, eso no pone de acuerdo a nadie, a mí ha dejado de satisfacerme políticamente, se ha convertido en trampolín de ganapanes universitarios que se sacan las lentejas como pueden; no dudo de su eficacia hasta cierto punto y está bien que se haga, pero se encuentra ya a tanta distancia de la gente que a mí me aburre muchísimo, por no hablar de la indignación que me produce verlo convertirse en un coto de cuatro elitistas que venden recetas de libertad por precios muy poco módicos. O de la reapropiación espuria del término por parte de los sodomitas de derechas. Lo que me apetecía era decir huevón de burradas sin tino, que todo el mundo comprenda, que despierten desprecio o solidaridad, identificación o vómito. Sin argumentarlas mucho tampoco, aptas para todos los públicos, sin ropajes de sabidurías importadas, recuperando el buen sentido de la gente de la calle, mi buen sentido cuando no me pongo estupendo o me da por hacer el imbécil o hablar para dárme-las de sabihondo.

He hecho un libro para compartir, también para sentirme arropado, a veces me siento muy solo, y muchos como yo se sienten igualmente perdidos en medio de un desierto político rosa. Sería flipante que quien lea esto sonriera, se riera mucho, a carcajadas, que le hiciera mucho bien para la salud ver puestos en mis labios sus propios insultos, su ira, su indignación, su mal rollo, sus ganas de pegarle dos hos-

tias a unos cuantos, de quemar con los ojos mientras lee mucha basura fascista que ni te crees que se puedan decir esas sandeces revisionistas y quedarse tan ancho. Sé que esto a veces se parecerá mucho a un puto panfleto borroka, que retomará discursos radicales, de fanzine, demagógicos incluso, facilones, llenos de mala leche, desengaño, asco. Lo bueno es que nadie se va a estrellar leyéndolo porque no me entienda. A lo mejor se aburrirá, le parecerá una mierda, sin nivel ninguno, falto de ideas, vacío, absurdo, movidas personales mías que a nadie afectan, que nadie comparte. No lo sé. Lo que sí sé es que he escrito un libro para hacer amigos y para cagarme en mis enemigos, que ya tenía ganas. Poner verde a toda esa gentuza conservadora y fascista que no soporto, dentro y fuera del movimiento gay, no cortarme un pelo en llamarlos cabrones, hijos de perra, sodomitas neocons, perrillos falderos, traidores, kapos, quintacolumnistas de mierda.

La verdad es que no sé exactamente a quién carajo puede estar dirigido este libro. Si eres de derechas, si piensas que me caes mal, que te odio, que me das asco, ganas de potar, que eres el típico marica facha, de la derecha de toda la vida, si incluso ya hemos tenido roces, te he mandado a la mierda en directo, si deseas verme muerta tanto como yo a ti, además de a toda tu familia, y aún así me estás leyendo, será que buscas robarme alguna idea para derechizarla, atacarme, robarme mis perfumes porque tu nariz nació atrofiada, sacar otro libro tuyo de mierda, otro número de una revista de mierda al calor de los escritos de otros que sí innovan y a los que sí se les ocurren cosas. Paso de tu culo. Que te follen. Léeme si quieres, será lo mejor que hagas en tu vida aparte de morirte.

La gente en la que pensaba cuando escribía era: yo mismo, para sacarme el cabreo, la indignación, obligarme a hacer algo, reaccionar ante el chaparrón fascistoide y clerical, desculpabilizarme por indignarme y ser el primero en no hacer nada, echar fuera toda la mierda, escupir basura

contra las maricas arrimadas al poder, vendidas a los políticos, contra los putos trepas que han hecho carrera a costa de los gays y las lesbianas. Escribo para la gente que tengo cerca, que anda igual que yo, y he pensado que lo mismo se sentirían identificados, ilusionados con este proyecto de una escupidera enorme para llenarla de gentuza indeseable y escupirles todos juntos, algo es algo para empezar.

Escribo también para gente menos cercana pero metida en los mismos líos de toda la vida, que hacen cosas, acciones individuales, que se gastan los cuartos, que arriesgan, que luchan en su ámbito, trabajo, editorial, librería, en casa, la universidad, los colegios e institutos, el teatro, la música, revistas, antiguos amigos, compañeros, exradicales, seropositivos, desaparecidos de la escena pública, activistas contra el sida, viejas y nuevas glorias que me hacen no perder el aliento y seguir confiando, alumnos de filosofía, estudiantes nuevos, tesinandos, doctorandos, gente que está hasta las tetas y gente desmovilizada, que ha tirado la toalla, cansada pero con la que nunca se pierde la sintonía...

En el fondo, para mis adentros, escribo para mucha gente, nueva y vieja; lectores antiguos que se quedaron muy conformes con *Homografías*, *Extravíos* y que hicieron posible la segunda edición de *Teoría Queer*, un buen libro que a mí me parece infumable y que se atraganta, se merecían algo más ameno; gente de otros países, amigos argentinos y brasileños, heteros gloriosos, maravillosos, izquierdosos, okupas, gente alternativa, gente rara donde las haya, gente que no conozco pero con la que estoy de acuerdo de antemano, sin hablar.

Yo confío en que un puñado de peña diversa ya habrá en este puto país que se leerán con gusto mi cabreo, mis ilusiones, mi intento de hacer algo, mi apoltronada llamada a la acción, a la crítica, al inconformismo, a resucitar antiguas consignas, a acabar con el buen rollo, a aumentar la crispación desde este otro lado —todo está crispado menos el mundo marica, ¿no es grande?—, a mentir, joder, pu-

tear, desestabilizar, desenmascarar, insultar, arrastrar por el barro a quien sabemos que les jode, a mí me la suda que me arrastren por el barro, soy de barro, tengo los pies de barro, el coño de barro. A todos los que les apetezca gritar, desahogarse, atacar, formar un frente marica, cualquier cosa que moleste, molestar, molestar, salir de la apatía, ser responsables. Yo creo que esta comunidad de afinidades existe, y no es necesario que todos sean maricas, lesbianas o trans. Al resto, que les den. Y ojalá que en un futuro no muy lejano su vida se les haga más insoportable, que haya gente que les arruine los actos, las comparencias, las negociaciones, sus movidas de mierda de derecha, sus prebendas, sus sonrisas convenidas, sus visitas institucionales, sus privilegios de clase. No se trata de crear un comando, una intifada gay, o sí, se trata de crear muy mal ambiente, de hacer irrecibibles a cierta gente, prácticas, hipocresías, conductas, falsas dignidades. Y esto generalizado, hasta dar casi miedo cagarla en público por decir fascistadas haciéndose pasar por marica o por amigo bienintencionado de las maricas o por colaboracionista pestoso con homófobos vergonzantes que ponen buena cara mientras nos odian y perjudican. Ninguna agresión sin respuesta, nada de bailarle el agua a nadie, a joderle la vida a los fachas y homófobos.

¡Soltemos el Mathmos! ¡Que nos estamos amariconando!!!

Capítulo I

La necesidad de una ética marica

Entiendo por humanismo el conjunto de discursos mediante los cuales se le dice al hombre occidental: si bien tú no ejerces el poder, puedes sin embargo ser soberano. Aún más, cuanto más renuncies a ejercer el poder, y cuanto más sometido estés a lo que se te impone, más soberano serás.

Michel Foucault

Cuando uno se da cuenta de algo que no se le había ocurrido a nadie antes, o al menos no se le había ocurrido ponerlo por escrito, está ante un dilema complicado: o bien lo que se le acaba de ocurrir es una gilipollez de infinito calibre o bien se le ha pasado por su mente una puta genialidad. También sucede que hay genialidades que empezaron siendo una chorrada, junto con genialidades que acabaron por convertirse en estupideces sonadas. Pensar en la necesidad de una «Ética Marica», siquiera en su posibilidad, no tiene nada de genialidad, tal vez tampoco sea muy original. Decididamente yo apuesto porque no es una chorrada y que algo de falta sí que nos hace, por lo menos para desbloquear una situación de *impasse* ético, político, ideológico que venimos arrastrando desde hace por lo menos diez años. Puede que estuviera bien disponer de algo parecido a una Ética para enseñarla por los colegios o para aprenderla quienes nos criamos, aprendimos e interiorizamos éticas inventadas por y para heterosexuales. Nuestro código de valores, nuestras pautas de conducta, todo lo que hacemos y pensamos, lo queramos o no, siempre lo medimos a la luz de planteamientos y propuestas éticas heteronormativas, procedentes de ámbitos tan homofóbicos como la iglesia, la religión, la filosofía, la escuela, la universidad, la política, los partidos, la cultura, el cine y todos los discursos morales que las instituciones proclaman a los cuatro vientos para impregnar poco a poco a las masas desde pequeñitos.

Me planteo la necesidad, no voy a decir la urgencia, de una Ética Marica hecha por nosotros y para nosotros. Una

ética que sea realmente autónoma y no deudora de valores, situaciones, contextos que no son los nuestros. Me da igual lo que sea la ética, no lo sé, o sí lo sé, me dedico a la filosofía para comer, pero esto no viene al caso. No me voy a poner profesoral ni pesado en este libro, que no es un libro de filosofía, sino uno en el que voy a pensar lo justo, no quiero pensar demasiado, más bien sacar lo que llevo dentro acerca de un tema sobre el que podemos opinar todos. No voy a hablar de una Ética Marica para llenar un enorme vacío en el corpus filosófico, que lo hay. La disciplina de la Ética o la Moral es la cosa más homofóbica que pueda uno echarse a la cara. Y la Ética que se enseña en los colegios, en la ESO, es para poner los pelos de punta, salvo en los casos en que el docente es una lesbiana o una marica comprometida, o un hetero de puta madre que se niega a transmitir la funesta herencia de la tradición en lo que toca al comportamiento ético, a la convivencia, la solidaridad, etc.

Lo que pretendo decir muy clarito es que, si no nos montamos una Ética Marica que nos sirva, una ética en la que nos eduquemos sea cual sea la edad que tengamos, nunca es tarde, una Ética Marica que contribuya a nuestra felicidad de maricas, lesbianas y trans, seguramente la ética de la que dispongamos en nuestro día a día será una mierda, no la estaremos improvisando, no nos la estaremos inventando, desengañémonos: la habremos tomado prestada del poder que nos la habrá donado generosamente para perjudicarnos. Yo no quiero en este momento hacer un manual de ética, ni un catecismo gay, todo ello estaría muy bien y mucha gente echaría mano de publicaciones tan socorridas, pero ahora no estoy en esa onda. Mi intención es política. Y las propuestas de una Ética Marica que haga aquí no serán universalizables, no valdrán para todas y cada una de las maricas y lesbianas del mundo, ni siquiera del Estado español.

Una Ética Marica debe nacer justamente desde la singularidad de pertenencia a una colectividad, desde mí como marica en este caso, un individuo *particularmente marica*, como cada lector será otro, que pretende comunicar un modo de vida, de acción, de comportamiento, de socialidad, de inscribirse en el contexto concreto de un país con el ánimo de que sus propuestas puedan ser compartidas y entrar en sintonía con las de algunos otros miembros de la comunidad gay sin la que no puede pensarse siquiera como individuo. Basta con que sean unos cuantos. Una Ética Marica siempre será particular, dada nuestra particularidad de haber sido maricas antes que cualquier otra cosa. Todas las éticas universalistas, hechas para todo el mundo, han acabado masacrándonos, discriminándonos, perjudicándonos. Cuando alguien habla en nombre de una ética universal, una ética para la humanidad, se puede dar por seguro que lo que diga irá en nuestra contra. Por ello, mi pretensión es restringida, una ética para nosotros, para unos pocos gays y lesbianas, incluso en contra de algunos gays y lesbianas. Así es de particular, de singular. Tanto como lo somos cada uno. No se trata de que todo el mundo, todos los demócratas, como se dice ahora, todos los ciudadanos se comporten así, sino solo un puñado de maricas y bollos. Una Ética para nosotros. Para nadie más en principio. Pero ¿quiénes somos nosotros?, ¿existe un «nosotros» cuando hablamos de maricas y lesbianas? De eso se trata, de inventarnos ese nosotros, de empezar a construirlo porque yo recuerdo que alguna vez hubo un «nosotros» que ha terminado hecho pedazos, tan hecho añicos que cada vez encuentro más imposible identificarme ni sentirme partícipe de ninguna supuesta «comunidad gay».

A estas alturas todavía no parece que tengamos muy claro qué tiene que ver ser marica o bollera con la pertenencia a una determinada clase social, a una institución como el ejército o la Iglesia, a un partido político u otro, a un sindicato, con confesar cualquier credo religioso, con ser